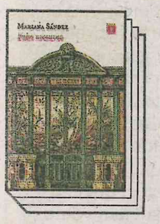
NARRATIVA

Fuera de casa

Atrapada de manera imprevista en una ciudad, la protagonista de la novela de Mariana Sández se enfrenta a una crisis vital y reflexiona con humor (y con guiños culturalistas) sobre su identidad

Por **Daniel Gascón**

Como fuera de casa no se está en ninguna parte", decía el actor Antonio Gamero, y *Falso nocturno* puede leerse como una reflexión ambivalente en torno a esa frase. El mal tiempo impide que salga un avión de Buenos Aires a París y Charo Almeida, la actriz y dramaturga que protagoniza la nueva novela de la escritora argentina Mariana Sández, decide no contar la incidencia a su familia o a su pareja y se queda unos días varada en un hotel. Allí, Charo y el resto del elenco entre abigarrado y fantasmal de *Falso nocturno*, la tercera novela de Sández, tras *Una casa llena de gente* (Impedimenta, 2022) y *La vida en miniatura* (Impedimenta, 2024), esperan, podríamos decir, que escampe.



Como *El ángel exterminador* o el *Decamerón*, presenta a unos personajes encerrados; tiene algo de teatral, pirandelliano

Charo hace una suerte de Wakefield, pero va un poco más lejos. Decide asumir otra identidad, aunque no siempre cuela. Huérfana de madre e hija de psicólogo, producto de un matrimonio feliz, atraviesa una crisis: no sabe en qué país vivir, si quiere seguir o no con su pareja, si tener hijos o no. El hotel modernista donde se aloja es un lugar sin tiempo que posibilita una autoexploración: en ella se mezclan la memoria, el arte y una atmósfera casi onírica. Entabla amistad con Eugenio, un hombre mucho mayor que ella cuya ocupación permanece envuelta en el misterio, aunque sabemos que hizo un cambio de orientación laboral. Eugenio le recuerda a Pessoa, a Tabucchi cuando se parecía a Pessoa y también a Pereira, el periodista que protagonizaba la novela de Antonio Tabucchi. Eugenio tuvo que marcharse de Argentina huyendo de la dictadura junto con su hermana y desde entonces vive en Lyon.

Como *El ángel exterminador* o el *Decamerón*, *Falso nocturno* presenta a unos personajes encerrados; tiene algo teatral y pirandelliano. Buena parte de la novela gira en torno al exilio y la emigración, la desubicación y la nostalgia, la memoria y el paso del tiempo. Apenas hay trama: se sostiene gracias a la convincente voz narrativa y a una prosa delicada y sinuosa. Avanza con fragmentos introspectivos (sobre la familia o la escritura, por ejemplo), pero también con diálogos coreografiados y en ocasiones cobra el tono de un ensayo a dos voces. Hay momentos de comicidad inesperada, como una discusión (casi reyerta) multinacional sobre niños, países y prejuicios. También hay alguna conversación telefónica divertida y un aire difuso de *slapstick*. La protagonista ve la vida y las gentes a través de la cultura, el arte y los libros, en particular de una tradición vinculada a la vanguardia: "en mi corteza prefrontal funciona un arquetipo que todo lo compara, lo coteja y lo distorsiona con alguna referencia artística, nunca se sale de ahí sin una cita visual o verbal oportuna".

Esa cualidad justifica el culturalismo de la novela; a veces la narradora deja entrever cierta preocupación o al menos autoironía: sabe que de vez en cuando bordea lo ilusorio o lo repipi. "¿Y si este señor no es más que uno de mis interlocutores ficticios y yo, imbécil, loca hepática, convencida de su espesura real?", se pregunta. Está Pessoa (y los heterónimos), pero también Erik Satie, Julien Gracq, René Clair, Luis Buñuel, Marcel Duchamp, Marguerite Duras. Aparecen citas de autoras que han escrito sobre la nostalgia y el exilio, como Barbara Cassin y Clara Obligado. Si la ciudad es "un palimpsesto de mierda", el hotel son muchos lugares al mismo tiempo: "Solo que nuestro hotel", le dice Charo a Eugenio, "más parece el de Marienbad. También el castillo de Argol, un Suzonnière, la fortaleza de los Tártaros, la abadía thelemita de Gargantúa, el Palacio de Corazones de Alicia, el palacio de Vathek, las ciudades invisibles de Calvino, el castillo de Otranto, la cúpula en el Panteón de Roma en *El péndulo de Foucault*". La novela incluye varios homenajes a Enrique Vila-Matas y un reconocimiento a su *Historia abreviada de la literatura portátil*. *Falso nocturno* es un libro poblado de referencias artísticas y literarias y a la vez extrañamente íntimo, puntuado por una especie de poemas que separan las secuencias: "Entonces mi naturaleza es estar siempre de regreso / sin llegar a volver realmente al mismo lugar".



Mariana Sández, vista por Sciammarella.

Falso nocturno
Mariana Sández
Impedimenta, 2026
312 páginas
23,95 euros

NARRATIVA

¿Cómo enfrentarse al duelo por los hijos?

Por **Carmen Domingo**

Anestesista y dramaturgo, Michele Ruol, en *Inventario de lo que queda cuando el bosque arde*, ha encontrado una fórmula brillante y original para estructurar una historia, que, por momentos, una tiene la sensación de que se acerca más al teatro que a la narrativa. Lo mejor, una vez empezada, no se puede dejar de leer.

La novela nos adentra en la vida de una familia a través de 99 capítulos cortos que recorren habitación tras habitación, objeto tras objeto..., en una casa vacía. En ellos Michele Ruol nos habla del duelo de unos padres, sus consecuencias, la forma de afrontarlo y cómo evoluciona a lo largo del tiempo, atreviéndose con un tema que nadie quiere afrontar: la pérdida repentina de dos hijos.

Una prosa breve con frases sencillas es la fórmula elegida por Ruol para, de forma sutil, pero no por eso menos dolorosa, adentrarnos pausadamente en el duelo, y en el intento de salir del dolor que viven esos padres —Padre y Madre en la novela— tras la muerte de sus dos hijos —Mayor y Menor—. "El tiempo no borra el dolor; las marcas de la tormenta se ven todavía, aunque hayan pasado años. La vida está hecha de momentos bellísimos y lamentablemente de momentos tristes".



Michele Ruol deja entrever la relación entre el desgarro y la posibilidad de un futuro porque las cenizas no desaparecen

Una narración que avanza a través de saltos en el tiempo que van y vienen, como si pudiera haberlos entre la vida y la muerte, entre la tristeza y la alegría, entre unos hijos que siempre creemos perfectos, y la constatación de que no siempre lo son..., para acabar concluyendo que "Vivir no es una cuestión de fuerza", dirá Madre, "sino de inercia".

Una alfombra, un rascador de hielo, un mechero, un sacacorchos, una cama y una caja de zapatos, entre muchos otros objetos cotidianos que pasan por nuestras vidas sin que les demos importancia, cobran un valor inmenso cuando un detonante inesperado les da sentido. Unos objetos que son a la vez recuerdo del pasado y prueba de que existe un presente. Unos padres que tratan de buscar mecanismos para huir del drama de un duelo que el autor nos anuncia ya en la primera frase de la novela: "La foto de los chicos que hay en la mesita de recibidor es la misma que se ha usado para la lápida".

Inventario de lo que queda cuando el bosque arde, un título que no acaba de cobrar sentido hasta la última página de la novela, deja entrever la relación entre el desgarro y la posibilidad de un futuro, porque las cenizas no desaparecen.

Tras la satisfacción de haberla leído, una se alegra de que Michele Ruol haya recibido distintos, y merecidos, galardones con esta su primera novela —Premio Giuseppe Berto, Premio Fondazione Megamark, Premio Venerarium, premio de los lectores y mención especial del jurado del Premio Mario La Cava y finalista del Premio Strega—, y no puede más que aguardar a que le publiquen la siguiente.

Inventario de lo que queda cuando el bosque arde
Michele Ruol
Traducción de Natalia Zarco
Siruela, 2026. 248 páginas. 21,95 euros